

directamente habéis imprimido á las industrias madres, la agricultura y la minería; es gozar, contemplando encenderse el espíritu de las nuevas generaciones, en las vívidas, fulgurantes luces, que la moderna instrucción pública derrama; es ver, de modo consolador, crecer la moralidad en el garantizador ramo de Justicia; multiplicarse activo y anheloso el trabajo constante, en todo lo que tiende al mejoramiento del ejército; es admirar vuestra brega coronada de éxitos en el ramo de Hacienda; veros en medio de las abrumadoras catástrofes financieras, levantaros radiante, trayendo en vuestras manos la restauración del Monte de Piedad, el arreglo de las deudas interior y exterior, el del pago de los inmensos créditos ferrocarrileros, la abolición de las alcabalas, y, por último, el brillante resultado, sin ejemplo en nuestra historia, el equilibrio de los ingresos y egresos, que llevó al fin un excedente de millones á la tesorería general. Con esa financiera lucha gigante, ampliasteis la base



UNA DIVISIÓN DE TODAS ARMAS, EVOLUCIONANDO

de la prosperidad nuestra y elevasteis ante el universo mundo el antes aniquilado crédito nacional.

»En resumen, para apreciar en conjunto vuestra asombrosa labor, basta recordar al triste proceloso México del pasado y luego contemplar al México de hoy, al que habéis regenerado, trabajando en paz con su creciente comercio, sus industrias, sus vías de comunicación y su crédito, con amplias relaciones en el exterior; contemplarlo considerado por todos los pueblos cultos y mirarlo majestuosamente marchar glorioso al cumplimiento de sus altos destinos.

»¡Qué epopeya!, y ¡qué grandioso el guerrero heroico, el patricio, estadista sin segundo en nuestra historia, que deja en la carrera de su vida, por rastro esplendoroso, la realización de tantos actos y tantas obras inmortales!

»Siempre tendréis en vos, para satisfacción vuestra, la divinizadora fruición sublime del alma que se eleva.

»Os rodean el respeto y el amor de vuestros conciudadanos y sois objeto de la admiración universal; pero aun no están considerados en toda la plenitud de su magnificencia vuestro heroísmo y vuestras tareas anhelantes: es necesario que se aleje esa perspectiva, para poder contemplar su grandeza. En el brillante inmenso mármol de la inmortalidad, el sereno buril de la Historia levantará el pujante enérgico relieve, y entonces se destacarán ante la posteridad agradecida, en toda su radiante majestad, los nobles sacrificios y gloriosas acciones que habéis consagrado á la Patria.»

Así, hablando la justicia y la verdad por nuestra boca, terminamos aquella salutación dirigida al *regenerador* de una nación.

Él fué siempre ardiente para inflamar los corazones en sus empresas titánicas, y reflexivo, sin embargo, para no adoptar más consejo que el de la razón en las obras de la paz, como sublime al inspirarse su genio en el acento épico del heroísmo en las catástrofes de la guerra.



LOS RESERVISTAS ROMPIENDO FILAS, Y ENARBOLANDO BANDERINES ROJOS, HACEN UNA DEMOSTRACIÓN DE SIMPATÍA AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EL DÍA DE SU CUMPLEAÑOS (15 DE SEPTIEMBRE DE 1902)

Al concluir la historia de su existencia, y tornar la vista, con el espíritu conmovido, sobre el inmenso panorama que presenta, se miran en la lejanía de un horizonte encendido, como entre nubes de escarlata, sucederse cien y cien combates, con el vivo ardiente estremecerse de tropas sangrientas en lucha, de cañones que tremen y que iluminan, y de banderas que flotan; y luego, sobre los campos de pelea, entre la bruma rojiza del fuego, se percibe que surge, espada en mano aún, la gallarda figura del triunfador, todavía caballero sobre el bridón de guerra; y como dice Tolstoy, se ve que destella esa espada victoriosa luces radiantes que iluminan, y que mientras la sangre se orea y las mieses brotan, las falanges arrojan las armas de combates fratricidas; y se advierte que al ruido de los instrumentos industriales que empuñan, y que gozosos blanden, entonan un himno sublime al salvador trabajo, á ese redentor de todas las miserias humanas. Y se contempla entonces que las

El Presidente de la República,  
general D. Porfirio Díaz.

*Porfirio Díaz*

Así, hablando la justicia y la verdad, se debe reconocer a don Porfirio Díaz el regenerador de una nación.

El fue siempre ardiente por defender los derechos de los mexicanos, y en el momento de su muerte, para no adoptar más tardado en sus ideas, y en su espíritu, su genio en el momento de su muerte.



El Presidente de la República.  
General D. Porfirio Díaz.

Las señas de su carácter, y de su personalidad, se ven en su mirada, en su gesto, en su voz, en su manera de hablar, en su manera de actuar, en su manera de pensar, en su manera de sentir, en su manera de vivir, en su manera de morir.

Al hacer la historia de su vida, se ve que él fue un hombre que vivió para su país, que se entregó a su patria con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza, con toda su vida. Él fue un hombre que se entregó a su patria con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza, con toda su vida. Él fue un hombre que se entregó a su patria con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza, con toda su vida.



Porfirio Díaz

nubes de escarlata magnifican sus colores y forman dosel de oro al cuadro vivificante y conmovedor de un pueblo regenerado, en que se destaca glorioso el pacificador, el caballero héroe de ayer, galopando aún á través de las muchedumbres alborozadas que lo saludan y á las que dirige palabras de paz y de esperanza.

Palabras de esperanza, que se condensan y se tornan en maravillosa realidad de prosperidad nacional; y al fin, se esboza, se dibuja y se abrillanta en la iluminación de una apoteosis, el México moderno, con *el héroe, el pacificador, el regenerador*, marcando con su mirada, serena como la de la Historia, y su diestra, segura como la del Destino, los derroteros gloriosos del porvenir de esta nación, que ansía lanzarse á ellos para cumplir su grandiosa misión humana en este Continente nuevo, que se prepara, á los rientes albores del siglo xx, para ser la estación de etapa donde tomará, sin duda, asiento, en su peregrinación sublime, la civilización universal.

Por lo demás, habremos de decir que nuestro ilustre biografiado está en pie, sobre la cumbre de su grandeza; que el astro arde, que vivifica y que ilumina.....

Tal ha sido su misión: ¡encenderse en todos los heroísmos, en todas las fatigas, en todas las febricitantes sublimes esperanzas, para alentar, vivificar é iluminar hasta consumirse al servicio de la Patria, para bien de la Humanidad!

FIN